
**"SEMINARIO POR EL REAGRUPAMIENTO DE LOS LUCHADORES,
LAS FUERZAS POPULARES Y LA IZQUIERDA"**

**POR UN PARTIDO DE COMBATE
DE LA CLASE OBRERA PARA LUCHAR
POR UN GOBIERNO DE TRABAJADORES**

**▶ CARTA ABIERTA
A LA IZQUIERDA
Y LOS LUCHADORES**

- ▶ Documento del PO sobre el reagrupamiento: "Por un partido de combate de la clase obrera para luchar por un gobierno de trabajadores"**
- ▶ Documento del PO sobre América Latina**

Precio: \$1.-

CARTA ABIERTA A LA IZQUIERDA Y LOS LUCHADORES

El sábado y domingo pasados tuvo lugar un Seminario de discusión de organizaciones de izquierda y populares, y de representaciones individuales. Su objetivo era discutir la "crisis de la izquierda". Esta iniciativa nació de una "auto-convocatoria" realizada en diciembre de 2005. Varios de los "auto-convocados", en especial el MST-AS, habían circunscripto la convocatoria al seminario al espacio delimitado entre sus ex aliados de IU (el PC y el PS) de una parte y los "auto-proclamatorios"~ nuestro partido, el PO, de la otra. En abril, sin embargo, una delegación de la "autoconvocatoria" nos invitó al Seminario, debido a un reclamo en ese sentido de parte del PCT (Partido Comunista de los Trabajadores). Al principio enviamos como contribución escrita el programa del congreso de fundación de la Coordinadora por la Refundación de la IV Internacional. Luego entregamos dos textos breves sobre Reagrupamiento y Situación Latinoamericana. La "fragmentación de la izquierda", el tema que convoca al seminario, es, en nuestra opinión, una caracterización que se refiere al llamado 'estallido' del MAS, que comenzó en 1989 y aún continúa, y a la volatilización posterior de Izquierda Unida. El Seminario fue impedido de concluir sus labores a partir del retiro de un sector de personas y grupos encabezado de nuevo por el MST-AS. El análisis y las conclusiones sobre esta nueva división, protagonizada por una parte de los mismos que frustraron un frente de izquierda en las elecciones de octubre pasado, es el objeto de la Carta Abierta que colocamos a la atención de los lectores.

El Seminario por el reagrupamiento de los luchadores, las fuerzas populares y la izquierda" no pudo arribar al final de las deliberaciones debido al retiro unilateral de un grupo de tres o cuatro tendencias y personas, encabezado por el MST-Alternativa Socialista. Esto ocurrió cuando se estaba, exactamente, ante la posibilidad de coronar un acuerdo político para proseguir el debate, de aquí en más con la participación de las bases y de los militantes, y para organizar una acción común de todos los que participaban en el Seminario en los diversos terrenos de la lucha de clases. Veintidós organizaciones habían presentado al Seminario documentos escritos para la discusión —un hecho probablemente inédito en la izquierda, incluso a nivel internacional. Pero la quiebra unilateral del Seminario, cuando se iban logrando acuerdos políticos generales, que tenían el propósito de profundizar el trabajo iniciado, puso de manifiesto que para el puñado de organizaciones e individuos que abandonaron el Seminario, el debate planteado era sólo un "trámite" para camuflar un operativo político de otro orden, previamente establecido, esencialmente en función de acuerdos y candidaturas para 2007. Un Seminario

convocado nada menos que para superar lo que fue caracterizado, indistintamente, por los que luego romperían el Seminario, como "fragmentación", "retroceso", "crisis" y hasta "derrumbe" de la izquierda, terminó en forma abrupta debido a una maniobra de cuarta categoría. Hasta ese momento, el debate entre los participantes había sido vigoroso e incluso desmedido y faccional, pero respaldado por textos que exponían las distintas posiciones en forma seria e inequívoca.

Un paso adelante, dos atrás

Para quien estuvo en el Seminario y para quien no estuvo, las propuestas presentadas para servir como declaración final del Seminario, o comunicado de prensa, son un testimonio elocuente. La primera versión presentada por el bloque del MST-Alternativa Socialista, que, disgresión aparte, se arrogó el monopolio de dirección del Seminario, aunque hacía un llamamiento a la continuidad del debate, pero sin precisar el método ni el alcance, estaba dirigida con exclusividad a aquellos que eran partidarios de poner en pie un movimiento pluralista que cobijara posiciones programáticas diferentes, incluso completamente contradictorias. La propuesta ignoraba las delimitaciones

políticas que se habían puesto de manifiesto en el Seminario, para otorgar un privilegio faccional a los que ya habían acordado, antes del Seminario, un armado electoral. En toda la etapa previa al Seminario, el MST-AS comenzó a plantear la urgencia de una "candidatura única de la izquierda" para 2007.

Nosotros, los del Partido Obrero, propusimos: a) fijar una fecha a un segundo Seminario, tentativamente en tres meses (septiembre), y que éste tuviera características abiertas y no restringidas a una delegación; b) organizar la edición de un boletín de discusión entre todas las organizaciones y militantes presentes en el Seminario y de quienes quisieran sumarse (se publicarían de inmediato los materiales ya presentados y todas las posiciones y ponencias que se hicieron en el debate); c) reservar una página de los periódicos y publicaciones de las distintas organizaciones para desarrollar esta discusión; d) integrar una mesa de trabajo para organizar este debate y la intervención en común en la lucha de clases en todos los escenarios. En apoyo del sentido general de esta propuesta se pronunciaron el MAS, el MST-El Socialista y otras organizaciones.

El bloque encabezado por el MST-Alternativa Socialista, que había ofrecido en sus documentos una solución movimientista y plural a lo que caracterizaba como "dispersión" de la izquierda, terminaba proponiendo una mayor dosis de fragmentación al dividir al Seminario entre quienes coincidían con su planteo y quienes no, pero por sobre todo entre quienes eran funcionales y quienes no a una maniobra electoral para 2007, que sin embargo no explicitó. Además, los partidarios de la 'pluralidad' recurrían sin escrúpulos al ultimátum.

Delimitación programática

El debate en el Seminario puso de manifiesto, en realidad, una delimitación de posiciones por completo diferente, que la propuesta ultimativista y rupturista escondió. Desde el punto de vista programático,

se desarrolló una delimitación entre quienes defienden, con mayor o menor determinación, y los que rechazan explícitamente, la tradición programática del marxismo y del socialismo revolucionario sobre el partido de acción y no electorero o charlatanesco; sobre la dictadura del proletariado, como el método de destrucción del Estado burgués; sobre la lucha de clases como base de la acción política y no la colaboración de clases (sea centroizquierdista, frente populista o nacionalista). Incluso en el marco de estas divergencias, los del Partido Obrero no recurrimos al ultimátum sino a proseguir la discusión y a hacerlo con métodos democráticos establecidos de común acuerdo. El MST-El Socialista, por su lado, subrayó como elemento determinante en la crisis de la izquierda el "oportunismo" que lleva al frente popular y el reformismo, sin desconocer el "faccionalismo" o el "sectarismo". (No contamos con el espacio para detallar todas las posiciones que se hicieron conocer.)

Las reacciones negativas que produjo la propuesta de declaración del bloque del MST-Alternativa Socialista estuvieron muy lejos de limitarse al PO. Ante el rechazo, hubo una segunda propuesta del mismo bloque, que insistía en no poner fecha a un segundo encuentro y rechazaba la organización de un boletín de debate por la publicación por única vez de lo presentado al Seminario. También rechazaba la propuesta de una mesa de trabajo para organizar el debate y la acción en común, reemplazándola por un hipotético "espacio". Incluso el título del texto —"se realizó el Seminario..." planteaba el cierre y no la apertura de un proceso político de debate y acción en común. Un conjunto de organizaciones reiteramos nuestro punto de vista. Ante esto el bloque de fuerzas liderado por el MST-AS decidió retirarse, denunciando que las organizaciones que cuestionaban el comunicado presentado querían "correr el arco". En palabras de uno de sus portavoces: "El Seminario se levanta sin declaración ni conclusión alguna", dicho lo cual comenzó la retirada.

Nacionalismo y marxismo

Los textos presentados y el propio debate pusieron de manifiesto un extendido apoyo al chavismo en la izquierda argentina, al extremo de que hubo una oposición a cualquier crítica socialista a los procesos y movimientos nacionales. Muchos de los que habían repudiado el apoyo electoral del Partido Obrero a Evo Morales y el MAS, se niegan ahora a señalar los límites de las nacionalizaciones bolivianas y la necesidad de la independencia de clase. En algunas tendencias se planteó una suerte de revolución permanente bajo la dirección de Hugo Chávez, lo cual sería un tránsito al socialismo del siglo XXI. Sorprendentemente para un Seminario

integrado por corrientes formalmente marxistas, se rechazó la caracterización del nacionalismo como un intento de ampliar la base del desarrollo capitalista de los países atrasados.

En conexión con la cuestión de la defensa del nacionalismo se manifestó la oposición a la dictadura del proletariado (gobierno de trabajadores) como la forma de poder que se adapta a las condiciones sociales de las masas y sus objetivos históricos de una sociedad sin clases (Comuna de París, Soviets, Consejos Obreros). (Esto significa, digamos, que se concibe a la Asamblea Popular como una tertulia política, no como órgano potencial de poder.) Hubo quien dijo (Praxis) que la "dictadura del proletariado" correspondía a la etapa del obrero "fordista" (siglo XX), como si el Manifiesto no hubiese sido escrito en 1848 y la Comuna establecida en 1871. Consecuentemente, se cuestionó que la clase obrera sea el sujeto histórico de la revolución, y que debería ser reemplazada por el "sujeto pueblo". Todas estas delimitaciones programáticas fundamentales son ignoradas por el grupo rupturista, que prefiere dividir a la izquierda entre, digamos, los humildes, de un lado, y los que se auto-proclaman, del otro. (El único caso conocido de auto-proclamación lo protagonizó el MAS, el 1º de Mayo de 1991, cuando le propuso a una Plaza plural "Hacer grande al MAS" —el cual poco después se despedazó.)

Defendamos la tradición teórica marxista

En un Seminario convocado en nombre del "reagrupamiento" de los luchadores y de la izquierda este punto expresó más matices que ninguno. Varias agrupaciones del bloque ultimartista denunciaron al centralismo democrático como poco menos que un gulag y no como el método histórico de organización de la vanguardia obrera. Se le opuso el movimiento o partido de tendencias como si no consistiera en eso precisamente la forma de organización de los partidos patronales, que se delimitan en sensibilidades, clanes, listas o camarillas. La democracia no puede ser un fin en sí mismo, y nunca lo ha sido, debe servir para organizar la acción. Es llamativo que se declararan partidarias de aplicar los vicios del parlamentarismo burgués a la izquierda, corrientes que hasta hace relativamente poco denunciaban a cosas semejantes como "charcas discutidoras". En una época de catástrofes se necesita aun más una organización con capacidad para luchar por el poder.

Con antelación al Seminario, el MST-AS hizo una campaña a favor del "partido de tendencias", que colocaba al PSOL de Brasil como un "modelo". En el texto que presentamos sobre la situación latinoamericana decimos que "el PSOL es un resultado empírico de la crisis del PT, es,

objetivamente una reunión, necesariamente episódica, de distintas tendencias y hasta modalidades e individuos, que emergen o reaccionan al derrumbe del PT como organización de izquierda" y, por lo tanto, "no es una construcción política sino un terreno para discutir esa construcción política". En este punto, el MAS y del MST-El Socialista destacaron los límites políticos del PSOL y la lucha en su interior a partir del peso dominante que tienen los que están interesados en hacer del PSOL una "cooperativa electoral".

El PCT, escisión del PC, defendió la dictadura del proletariado, la lucha por un partido centralista democrático y la convocatoria, sobre esta base programática, de un Congreso para fundar un partido de la clase obrera.

Las posiciones del bloque rupturista se caracterizan por la falta de consecuencia. Es que mientras arremete furibundo contra el centralismo democrático y a favor del movimientismo, cobija organizaciones, como por ejemplo el MST-AS, que a pesar de su nombre funciona como partido y aplica el centralismo. Pero un movimiento con partidos es una contradicción lógica. En el Seminario se expresó una delimitación programática y política compleja, que los ultimartistas intentan ignorar para sus fines de maniobra electoral, reemplazándola por la división entre 'humildes' y 'soberbios'.

Defendamos lo realizado

Cualquiera puede advertir el esfuerzo de discusión que se manifestó en este Seminario, a pesar de que se trataba de un debate bloqueado por parte un sector que no tuvo el menor interés en debatir y que finalmente quebró el Seminario con posiciones ultimartistas y soberbias.

Condenamos el ultimatismo y el retro unilateral, defendemos un debate con la participación de las bases de todas las organizaciones, e impulsamos la unidad en la acción —como la campaña por la defensa de la nacionalización boliviana contra Bush-Enron, Lula-Petrobras y Kirchner-Repsol; por la nacionalización sin pago de los hidrocarburos y la gestión obrera en Argentina y América Latina; una acción común en los sindicatos; y un frente de izquierda. Frente a la crisis revolucionaria que se incubaba en América Latina, a la acción opresora del imperialismo y a la tentativa del nacionalismo burgués de contener el proceso en los marcos capitalistas, proponemos una Conferencia Latinoamérica por la Unidad Socialista de América Latina.

30 de mayo de 2006
**Comité Nacional
del Partido Obrero**

(sobre la base del informe de su delegación al Seminario, compuesta por dieciocho compañeros)

“Por un partido de combate de la clase obrera para luchar por un gobierno de trabajadores”

1 La lucha por la revolución socialista se confronta desde hace varias décadas con la crisis de la dirección del proletariado internacional. Esto significa una crisis de orientación, de programa, de estrategia y, en definitiva, de organización de los factores subjetivos de la revolución. La crisis de dirección es un fenómeno recurrente, que debe ser ubicado históricamente, es siempre concreta. No tiene el mismo carácter durante la revolución europea de 1848, que analiza Marx; en la primera guerra mundial, que analizan Lenin y Trotsky, particularmente; o en la actualidad, luego de grandes revoluciones sociales y políticas, primero, y el derrumbe definitivo, luego de los estados obreros y la disolución de la URSS, la derrota de las revoluciones políticas en el este y la restauración del capitalismo en casi el 40% de la geografía de la humanidad.

La disolución de la URSS y de los estados obreros; las derrotas sufridas por las masas de estas naciones; el retroceso social sin precedentes que ha provocado la restauración capitalista; todo esto ha aumentado en forma extraordinaria la atomización de la clase obrera y la competencia internacional y nacional entre los trabajadores, y ha repotenciado al capital mundial frente al proletariado mundial. Desde el punto de vista subjetivo, ha devuelto la confianza política a los capitalistas y acentuado la desorientación entre las masas y en su vanguardia de lucha, su despolitización. La crisis de los partidos de izquierda que tienen, de un modo general, planteos anticapitalistas (con independencia de que en la mayoría de los casos queden desplazados u ocultos por un programa democrático y no revolucionario) es, insistimos, en general, una expresión marginal, indirecta o deformada de la crisis de dirección del proletariado mundial. No tiene un carácter independiente. La adecuada comprensión de lo que plantea el hundimiento de los estados que emergieron de la expropiación de los capitalistas y de procesos revolucionarios es esencial para la perspectiva de superar la crisis de dirección. La izquierda anticapitalista se confronta a un desafío

superior al de cualquier generación revolucionaria precedente, pues debe dar una salida a lo que se presenta como una reversión del proceso histórico. Desnaturalizar esta cuestión, que debe ser discutida teóricamente con vistas a un programa, en una crisis de la izquierda, es convertir un problema histórico-concreto en una alquimia metafísica y dar pie a las salidas fantasiosas y alucinantes.

Desde el punto de vista programático, en el Seminario, se desarrolló una delimitación entre quienes defienden, con mayor o menor determinación, y los que rechazan explícitamente, la tradición programática del marxismo y del socialismo revolucionario

(Que la crisis de la izquierda no es sinónimo de crisis de dirección, ni viceversa, está demostrado por toda la historia del movimiento obrero y de la revolución mundial, donde las grandes direcciones obreras socialistas surgieron luego de un enfrentamiento con las corrientes reformistas y centristas de la misma izquierda).

2 La superación de la crisis de dirección del proletariado exige la discusión de un programa y la delimitación (que no significa necesariamente escisión) política clara entre las distintas posiciones y tendencias. En la actuali-

dad, debe tener la capacidad de caracterizar la situación histórica del momento, o sea insertar la liquidación de los estados obreros en el marco de la descomposición histórica del capitalismo, y definir un programa de lucha para este periodo de transición. Lo que ha dominado en la izquierda, como consecuencia del derrumbe de los estados obreros (y en muchísimos casos con extraordinaria antelación) es la revalorización de la democracia burguesa, el cuestionamiento al partido de combate o de lucha, el rechazo a la dictadura del proletariado. A diferencia de lo que Marx decía de los obreros franceses, en la izquierda mundial no es el pasado lo que oprime sus cabezas sino el presente. En numerosas tendencias de izquierda, la crisis de dirección se manifiesta como un abandono, vacilante en algunos casos, definitivo en otros, del programa comunista. A través de los documentos principales del Partido Obrero hemos sostenido que los métodos de restauración del capitalismo que son propios del capital financiero y del imperialismo, inauguran una etapa de mayores crisis políticas e internacionales; de agravamiento de la situación social de las masas, incluidas las de las metrópolis; y la apertura de situaciones y crisis revolucionarias. No son condiciones propicias para una experiencia democrática, social o históricamente progresista, sino para una revolución socialista en una escala nunca vista. El reagrupamiento de fuerzas que hay que promover, así como los métodos de ese reagrupamiento, deben corresponder a las condiciones de la lucha que crea la descomposición y catástrofe sociales del capitalismo y las crisis políticas e internacionales que producirá en forma obligada. O sea, un partido de lucha, de acción revolucionaria.

3 La lucha conciente de la clase obrera debe plasmarse en el desarrollo de un Partido de la clase obrera. “La lucha política es una lucha de partidos, de los partidos del capital versus los partidos del proletariado, una la lucha por el poder” (De las Tesis enviadas por

el PO como contribución al Seminario). Sólo a través de la formación y el desarrollo de su propio partido puede la clase obrera superar su propia heterogeneidad social, determinada en última instancia por las distintas formas que adquiere la explotación de la clase obrera por el capital. El movimientismo, por el contrario, eleva a la heterogeneidad social en confusión política; mantiene a la clase obrera en el estado de hibernación, como pura clase en sí; la transformación del proletariado en sujeto histórico exige que se convierta en clase para sí: que supere su indeterminación histórica y se homogeneice.

4 La organización del partido de la clase obrera tiene como principio el centralismo democrático. El enorme valor del centralismo democrático consiste en asegurar la unidad del partido para desarrollar la lucha política organizada para la toma del poder contra la burguesía. En ese sentido el centralismo democrático se opone por el vértice al liquidacionismo, que se caracteriza por romper la unidad de la lucha de la clase obrera a partir de diferencias de distintos orden, que deben siempre ser superadas mediante el debate colectivo y la propia experiencia realizada en la acción común.

El centralismo democrático es una categoría contradictoria, que por ese motivo genera horror en algunos espíritus, sean jacobinos o discutiadores. Pero es el método de lucha obrera por la revolución social en las condiciones de despotismo político del Estado, de un lado, incluido o especialmente el Estado democrático, y de atraso social y cultural de las masas, del otro. No es una fórmula fija sino plástica, es decir que tiene que saber adaptarse a las condiciones nacionales o particulares y a estadios y formas diferentes de las condiciones de lucha y de la propia conciencia del pueblo. Repudiar en forma sumaria al centralismo democrático, como el método natural de un partido de acción, ignora simplemente que se impuso en el plano de la lucha de ideas y la lucha práctica en el curso de más de doscientos años de lucha proletaria. El centralismo democrático se apoya en la homogeneidad que otorga un programa y una experiencia real de lucha común; es enemigo del monolitismo, que como su nombre lo dice es fijo, no tiene historia ni movimiento. Expresa al despacho del burócrata, no la lucha de clases. En el partido revolucionario cada militante es virtualmente una tendencia, porque recoge de un modo propio la experiencia de la lucha; la discusión es el instrumento de homogeneización de experiencias particulares aunque basadas en un programa común. La discusión política, incluso cuando toma la forma de tendencias organizadas, es el método insoslayable para llegar a conclusiones comunes, si se

encuentra sometida a la prueba de la práctica común. Un partido de tendencias es completamente diferente, porque coagula a cada una de ellas en sus propias convicciones o intereses, impide la acción estratégica, o sea la lucha por el poder, a la larga se convierte en una federación de camarillas. El PT de Brasil demostró, con una experiencia concreta, que el supuesto partido de tendencias sirvió a la dominación política del grupo de camarillas más ligado al capital y al estado. Las tendencias, para ser tales, deben estar referidas a un programa histórico común. Ni qué decir que un partido sin programa, donde cada partido se disimula ante los demás como una tendencia, es propicio a la disputa, al manejo y al escisionismo como método.

5 Lo que une realmente a un partido son un compendio de compromisos morales o un programa y una lucha basada en el programa? Lenin, en su folleto "El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo", señalaba lo siguiente: "Cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? Cómo se comprueba? Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio, su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si se quiere, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica política a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por su propia experiencia propia. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente capaz de ser el partido de la clase obrera avanzada, llamada a derrocar la burguesía y a transformar toda la sociedad".

El Partido Obrero propone que esta fórmula de Lenin sea consagrada en los estatutos y el programa de toda la izquierda que lucha. Aquí está definido el carácter histórico de los principios de lealtad y fidelidad. Si no son construidos por medio de la lucha revolucionaria, solamente podrían tener vigencia como un principio jurídico, o sea a través de un contrato de partes. Fue precisamente lo que hizo la burguesía brasileña cuando sancionó la "ley de fidelidad partidaria", que condicionaba el voto de los diputados de un partido a las resoluciones que adoptaba la dirección nacional. No hace falta decir que la "ley de fidelidad" era una demostración de la incapacidad de la burguesía brasileña para construir un partido o hacerse representar por medio de un partido.

6 La mención al P-SOL de Brasil como un 'modelo' alternativo de partido, no tiene en cuenta, sin embargo, que, en primer lugar, el P-Sol no se propone ser un partido de acción, ni menos de acción revolucionaria. Pero como experiencia relevante para toda la izquierda, incluido el Partido Obrero, hay que señalar que no es no es el producto de un planteamiento metodológico de construcción partidaria, ni la culminación o estación final de la escisión del PT, sino el destino empírico de diferentes sectores que fueron expulsados o se retiraron del PT, y el punto de encuentro de estos grupos para definir una política y un método de construcción, sea partidaria, movimientista, federativa, o lo que sea. No hay que confundir el resultado episódico de una crisis política, que se vincula también a las próximas elecciones en Brasil, cuando se juegan representaciones parlamentarias o municipales que importan para la acción política ulterior, con un planteo de construcción política avalado por la experiencia. Nada de esto ocurre en Brasil y el desafío que enfrentan los compañeros brasileños es que no se vayan a quedar en esta situación amorfa y episódica. El planteo que le da origen al P-Sol es "retomar los orígenes del PT" es un compromiso inestable entre posiciones diferentes, que toman como referente su mínimo común denominador. Las posibilidades de que el P-Sol evolucione o no hacia un partido revolucionario dependerán, fundamentalmente, de la propia capacidad de los revolucionarios para marcar un camino de transformación social bajo la dirección de la clase obrera y de la reemergencia del proletariado brasileño, en la situación en su conjunto, como clase combativa

7 Proponemos votar una resolución por la construcción de un partido de combate de la clase obrera, por la revolución socialista internacional. Es necesario desarrollar hasta su último término la oposición al nacionalismo burgués de Argentina, por parte de la izquierda que se reivindica anticapitalista, lo que significa un partido de la clase obrera. En Argentina, en torno a la transformación de la clase obrera en partido independiente de acción, se juega el destino del Argentinazo y la derrota del proceso de restauración política y social que encabeza Kirchner.

La Coordinadora por la Refundación de la IV Internacional, en la cual militamos viene proponiendo desde 1997 la convocatoria de un Congreso Internacional para refundar a la IV, sobre la base de un período previo de discusión y un acuerdo estratégico por la dictadura del proletariado, la oposición a los frentes populares, la intervención en la lucha de clases con el método de las reivindi-

caciones transitorias, el apoyo a las revoluciones sociales y políticas en los estados obreros, y el que la IV Internacional que reivindica el llamado SU es un obstáculo para refundar a la IV Internacional.

8 Proponemos, igualmente, al Seminario, una resolución que defienda: 1- la perspectiva estratégica de la revolución socialista internacional. 2- la lucha por el derrocamiento revolucionario de la burguesía y por la dictadura del proletariado como etapa de transición. 3- la distinción entre naciones opresoras y naciones oprimidas y el carácter histórico progresivo de los movimientos nacionales de las naciones oprimidas; 4- el rechazo a los frentes populares y a la colaboración de clases; 5) la delimitación del nacionalismo burgués, como un intento de ampliar las bases nacionales de la explotación del proletariado; 6) la validez de las reivindicaciones del gobierno obrero y campesino y del gobierno de los trabajadores. 7- Por la unidad socialista de América Latina, 8. Por una internacional obrera revolucionaria, por la refundación de la IV Internacional.

9 Proponemos, sobre la base de estos puntos, la salida de una declaración política que señale la voluntad de construir un partido de la clase obrera sobre esta base programática; la convocatoria a un Congreso, en un plazo a determinar, para fundar un Partido de la clase obrera. Dicho congreso deberá ser preparado por una coordinadora de las organizaciones.

10 Proponemos avanzar en el desarrollo ulterior de este Seminario, que fue convocado para clarificar las posiciones de cada uno, sobre las cuestiones elegidas para el debate. Avanzar desarrollando resoluciones de carácter programático. A partir de la defensa de un curso de clarificación política, avanzar en propuestas de acción común en los sindicatos, en el movimiento estudiantil y popular, en las elecciones y en el plano internacional. Defendemos formar agrupaciones clasistas en los sindicatos; un movimiento obrero clasista que organice las luchas y la oposición política a la burocracia y al gobierno de la burguesía nacional; desarrollar federaciones universitarias y secundarias ligadas a la lucha de clases; por un frente de izquierda para las elecciones; impulsar una campaña por la nacionalización sin pago de los hidrocarburos (incluidos los que están bajo explotación estatal parcial o ficticia) y la gestión obrera; una conferencia socialista revolucionaria latinoamericana; seminarios y conferencias por una internacional obrera socialista y revolucionaria.

SEMINARIO DE DISCUSIÓN DE LOS DÍAS 27 Y 28 DE MAYO PLANTEO DEL PARTIDO OBRERO

DOCUMENTO SOBRE AMERICA LATINA

ASPECTOS SALIENTES*

La derrota del lock out patronal en Venezuela, a principios de 2003, fue un punto de viraje en la situación de América Latina. Desarticuló a la burguesía en Venezuela; puso de manifiesto un salto enorme en la movilización de masas; quebró el frente de países amigos que había armado el imperialismo norteamericano para reencauzar la situación en Venezuela; o sea que marcó una derrota muy grande para el imperialismo. En este nuevo cuadro internacional se van a desarrollar las insurrecciones en Bolivia, y levantamientos parciales en Ecuador y Perú.

Este proceso andino tiene, además, otra implicancia, pues se contraponen a otra línea de desarrollo político en América: la que representan los gobiernos socialistas que gobiernan en función del imperialismo, como Lula, Tabaré y la concertación de Chile. Julio María Sanguinetti, el ex presidente de Uruguay, y el español Felipe González caracterizan, en artículos que publicó *El País* de Madrid, que todavía prevalece en América Latina la línea moderada, y pronostican que tendrá la capacidad para contrarrestar a la que se salió de madre. Entre estos campos contradictorios hay fluidos vasos comunicantes. Al mismo tiempo, se ha estructurado una crisis en las relaciones internacionales entre este bloque de países —en primer lugar debido a las nacionalizaciones en Bolivia, en segundo lugar por la crisis del Mercosur, en el tercero por el choque por las papeleras en Uruguay. El cuadro de conjunto de América Latina reviste, de este modo, un agudo carácter transicional. Un período de cambio de tendencias. Las batallas electorales que se libran en Brasil, México, Colombia y Perú tienen por tema la contención del chavismo y, en general, de los procesos nacionales en Venezuela y en Bolivia. En el caso de México asoma la gran crisis de las relaciones de inmigración y fronteras con Estados Unidos.

Lo ocurrido con el gobierno Lula y con el PT, en Brasil, es fundamental a la hora de poner a prueba el programa y la estrategia del conjunto de la izquierda, incluso a nivel mundial. El partido que acabó, en función gubernamental, como una agencia sin manchas del capital financiero internacional, fue la manifestación más completa de la construcción de un partido plural, si-

multáneamente socialista y democrático, que aseguraba ser la encarnación misma del proletariado industrial. Para la inmensa mayoría de la izquierda fue la expresión de la superación de la tendencia orgánica de la izquierda a la fragmentación, y para un sector de ella la superación también de la crisis de dirección que afecta al proletariado en su conjunto. Para los menos exigentes, el PT constituía el marco adecuado para el desarrollo de tendencias disidentes con la oficial; en definitiva, el fin de la historia del desarrollo de la vanguardia obrera, que encontraba en el PT la síntesis de sus determinaciones históricas.

A la luz de todo esto sorprende el poco lugar que la izquierda dispensa al balan-

Los textos presentados y el propio debate pusieron de manifiesto un extendido apoyo al chavismo en la izquierda argentina, al extremo de que hubo una oposición a cualquier crítica socialista a los procesos y movimientos nacionales.

ce del PT y de su propia política. Ha encontrado un sustituto en el endiosamiento del chavismo. Pero en muchos aspectos, el lugar histórico de la experiencia petista es más importante que el movimiento nacional bolivariano, antes que nada porque tiene que ver con el proletariado industrial y con la izquierda en todas sus expresiones internacionales. Pero el gobierno de Lula no es solamente la demostración de la perspectiva pro-imperialista que encierra toda experiencia democratizante, o sea no revolucionaria. Lo que fue la experiencia plural más desarrollada que se hubiera conocido y que se vaya a conocer, no fue otra cosa que la el método de dominación política de un conglomerado de la pequeña burguesía nacionalista y/o ex stalinista, de un lado,

de la fracción más importante de la burocracia de los sindicatos. La cháchara plural no impidió la prohibición pública de las tendencias y la publicación de órganos propios de prensa. La variedad de tendencias de izquierda que acompañaron esta experiencia hasta el final, procuraron aprovechar el marco del PT para escalar posiciones al interior del partido, en los parlamentos y en los sindicatos —nunca fue el eje la delimitación política para preparar la escisión inevitable. El lugar político especial que alcanzó Lula en las masas y el país lo convirtió en incuestionable para la inmensa mayoría de las tendencias que actuaban en su seno. No hubo en el PT una política entrista, que siempre es temporal y circunstancial, sino una asimilación estructural e ideológica. El PT y Lula fueron apoyados en todas sus tentativas de frente popular, o sea política de colaboración de clases, y más aún al final cuando ya se había aliado con un gran industrial de la derecha evangélica y firmado el acuerdo que pedía el FMI a todos los candidatos. Aun hoy, después de las sucesivas expulsiones y renunciaciones que ha habido en el PT, que en parte solamente obedece a cuestiones de estrategia o programa y mucho más cuando se esparció la evidencia de corrupción en gran escala, un sector vinculado al Secretariado Unificado sigue en el PT con un ministro y con funcionarios nacionales, estatales o partidarios y el lambertismo continúa medrando en su seno.

La experiencia del PT desmiente a quienes apoyan a los frentes populares y a sus gobiernos (y lo hicieron en el caso de Brasil con grandes festejos), suponiendo que son la antesala segura de la irrupción de las masas y de la revolución social. Pero tanto el caso de Lula como el de Tabaré Vázquez muestran lo contrario: son instrumentos eficaces para estrangular las luchas populares antes de llegar al gobierno, y luego consiguen profundizar el reflujo popular, incluso traicionando sus compromisos con el pueblo y ejecutando una política pro-imperialista en toda la regla. Lo mismo había ocurrido con Mitterrand. Los Kerensky no son inevitablemente el palier que conduce al gobierno obrero y campesino, para ello hace falta: 1) un partido revolucionario históricamente ligado a la lucha independiente de la clase; 2) un partido con una larga escuela y tradición de combate a los frentes populares, los Lula, los Tabaré³ los Allende. El Kerensky brasileño tiene maniatadas a las masas a través de la CUT y de toda la gama de organizaciones estudiantiles, femeninas, campesinas, agrarias y culturales que han sido cooptadas por el estado. Incluso ahora, luego del inundo despliegue de corrupción ante la opinión pública, Lula y el PT aparecen ganando las elecciones de octubre próximo en el primer turno. La función de colaboración de clases, que

caracteriza al frente popular, se manifiesta también en los movimientos nacionalistas, que se empeñan con todo en regimenterar a las masas, incluso cuando juegan un rol progresivo en un estadio de lucha antiimperialista.

Nosotros, los del Partido Obrero, propusimos:

a) **fixar una fecha a un segundo Seminario, tentativamente en tres meses (septiembre), de características abiertas y no restringidas a una delegación**

El gobierno de Lula ha logrado remontar la crisis que lo tuvo al borde de la caída. Las encuestas hablan de que hasta podría ganar en la primer vuelta. Naturalmente, ha pagado un precio, que no necesariamente lo perjudica: nos referimos a su vaciamiento en beneficio de la incorporación de una masa de funcionarios de partidos patronales tradicionales. Una aceleración de la crisis financiera internacional o por la crisis latinoamericana podría afectar seriamente al gobierno de Lula, pero solamente en el segundo mandato. Las manifestaciones de lucha de las masas todavía tienen un carácter parcial y fragmentario y no han logrado revertir este escenario. Hay que agregar, por fin, que este gobierno, que debutó como una experiencia plural, democrática e incluso internacionalista, es el principal ariete del imperialismo y de la gran burguesía de América Latina, contra los procesos nacionales de Venezuela y Bolivia.

Es sorprendente que se presente al PSOL, que aparece como resultado de una variedad de crisis en el PT, luego de transcurrido un período de gobierno pro-imperialista, tanto de expulsiones como de renunciaciones, y de confrontaciones políticas como de choques por corrupción, como un replay del PT, como un retorno a los orígenes y hasta fiel con sus características amorfas. El PSOL no es esto, ni podría serlo de ninguna manera, pero es claro que estamos ante una posición negacionista del fracaso de la tentativa plural del PT y del empeño por no discutir un balance. El PSOL no es el producto de ningún diseño previo, de ningún propósito concebido para ese fin, es decir que no es el producto de un programa o de una política. EL PSOL es un resultado empírico de la crisis del PT; es, objetivamente, una reunión, necesariamente episódica, de distintas tendencias y has-

ta modalidades e individuos, que emergen o reaccionan al derrumbe del PT como organización de izquierda, y que lo hacen en etapas diferentes de esta crisis, por motivos distintos y como expresión de fenómenos que no son coincidentes. No es una construcción política sino un terreno para discutir esa construcción política. Momentáneamente están unidos por los indicadores favorables de las encuestas a la candidatura de la compañera Heloísa Helena (pero esto, tomado en sí mismo, es puro oportunismo metodológico. En lugar de tomar al PSOL como un modelo hay que plantear una línea clara para construir un partido obrero revolucionario en el debate en el PSOL y fuera de él —porque es incuestionable que el PSTU y PCO tienen, con diferencias, un peso en las luchas de los sindicatos y de los jóvenes. Desde un punto de vista de conjunto, o sea más allá de las limitaciones de los métodos y de la política que pretenden hacer del PSOL una construcción lograda y definitiva, las posibilidades del PSOL están condicionadas por los escasos vínculos que tiene con las masas y por la contención de las masas lograda por la política de Lula y la desmoralización que ha causado su traición a las promesas. El PSOL no debe evitar la prueba de elaborar y definir una estrategia, sino colocar a esta tarea en el primer lugar. Hasta el momento, es una federación de grupos (no llegan, en la mayoría de los casos, a representar tendencias, por lo tanto es un abuso que se lo llame, uno, partido, dos, de tendencias) que apoya la candidatura a presidente de Heloísa Helena y disputa posiciones municipales y parlamentarias a los partidos patronales y al PT. Oponer la ética a la corrupción no llega a ser el baluceo de un programa y hasta puede ser lo contrario, si con ello intenta evitar ser la expresión franca y sin velos de los intereses históricos de los explotados. El PT de los orígenes partió de límites insalvables, no es posible volver a él, ni siquiera ignorando esas limitaciones.

Una perspectiva socialista revolucionaria sólo puede abrirse paso transformando las condiciones de la lucha de clases, que permiten la labor contrarrevolucionaria del Frente Popular, lo que implica una lucha a muerte en los lugares de trabajo, sindicatos y en la confrontación política de conjunto, para organizar a los luchadores obreros en un partido de clase independiente. Es decir superar la crisis de dirección del proletariado, su crisis programática y de orientación. Con quistar la conciencia de las condiciones históricas de la época.

Con toda la importancia que tienen los procesos nacionales que encabezan el chavismo o el gobierno del MAS boliviano, se trata de políticas capitalistas y de asociación con el capital internacional. Pretenden incluso mostrar que se puede disciplinar al capital internacional a los

objetivos nacionales —una ilusión que refleja el margen de maniobra que ofrecen los altos precios del gas y del petróleo al nacionalismo militar venezolano y al nacionalismo pequeño burgués y campesino de Bolivia. Como movimientos de contenido capitalista, se empeñan en disciplinar al proletariado y regimentarlo en el plano político y sindical, incluso organizando una amplia base de apoyo social

El "Seminario por el reagrupamiento de los luchadores, las fuerzas populares y la izquierda" no pudo arribar al final de las deliberaciones debido al retiro unilateral de un grupo de tres o cuatro tendencias y personas, encabezado por el MST-Alternativa Socialista.

no proletaria. Nuestra política es apoyar todas las acciones de independencia nacional, por limitadas que sean, al mismo tiempo que criticamos su pretensión de que sean la vía para una emancipación nacional y social. Hemos puesto un empeño especial en defender estos procesos nacionales en los choques velados o abiertos que han tenido con los gobiernos progresistas (por ejemplo al chavismo contra los países amigos y a Evo Morales contra Lula-Petrobras y Kirchner-Repsol-Techint. Al mismo tiempo, desarrollamos nuestra propia campaña por la expropiación de los pulpos petroleros, sin indemnización y bajo gestión obrera, no solo en cada país sino como una acción continental, y enfrentamos la política de congelamiento salarial y flexibilidad laboral que estos gobiernos nacionalistas continúan respaldando en nombre del sacrificio por la causa nacional. La independencia nacional de América Latina depende de una revolución popular dirigida por la clase obrera; toda la experiencia histórica ha demostrado que no puede ser la consecuencia de un proceso de transformaciones internas del Estado capitalista bajo la dirección de alguna de las variantes de la pequeña burguesía.

Un sector de la izquierda, en especial en Bolivia, ataca a estos procesos nacionales porque las medidas tomadas plantean una asociación con el capital extranjero (sin importar que, en algunos casos, impliquen una confiscación parcial sin

indemnización). Otro sector, mayoritario en todo el continente, lo apoya más o menos incondicionalmente, con especial referencia a Venezuela, como un paso hacia "el socialismo del siglo XXI". En el caso de Bolivia, repudiar las nacionalizaciones porque representan un intento de asociación al capital extranjero, por parte del vaciado estado boliviano, es todo un atropello conceptual, porque incluso el éxito de semejante tentativa representaría un progreso nacional en las condiciones históricas de Bolivia. La crítica socialista debería ser otra: el débil estado boliviano, que pretende desarrollar una política capitalista, no tiene condiciones de imponer una efectiva asociación a los poderosos capitales internacionales. Para transformar al país es necesario que gobiernen los trabajadores con los instrumentos políticos de un régimen proletario. Si el socialismo no pone el acento en la crítica al Estado capitalista del país atrasado que se trate, o sea su incapacidad para transformar las condiciones sociales del atraso y de la dependencia nacional, la crítica a las nacionalizaciones que ese estado ejecuta se limitan al grado de estatización de esas nacionalizaciones, es decir que es una crítica estatizante o estatista, no una crítica socialista. La tendencia de la izquierda latinoamericana a sustituir el socialismo por el estatismo es cosa de todos los días: la ecuación estatismo igual socialismo busca saltarse la dictadura del proletariado. Dicho de otro modo, es populismo.

La asociación mayoritaria de PDVSA con el capital extranjero tiene una importante diferencia de grado con la intención similar de parte de YPF, porque a esta última habría que reconstruirla casi desde cero. Pero hay algo más importante, y es que YPF no tiene un capital acumulado mínimo para preservar su lugar en un desarrollo de inversiones energéticas, salvo por medio de empréstitos que hipotequen los ingresos petroleros esperados. O sea que la tentativa de asociación mayoritaria con el capital extranjero deberá entrar rápidamente en una contradicción insuperable. Esto no se presenta para PDVSA por el momento, por eso su planteo al capital extranjero es menos conflictivo y ofrece menores posibilidades de un choque social importante (y es lo que efectivamente ha ocurrido en contraste con Bolivia).

El chavismo plantea el ALBA, en choque con el Alca y los tratados comerciales que impulsa Bush. Plantea una integración latinoamericana en torno al eje energético que no incluye esencialmente la asociación con el capital extranjero, y que privilegia la asociación con Petrobras,

que no es más que un testaferro de los fondos de inversiones internacionales. También pidió el ingreso al Mercosur, que es una asociación de grandes capitales. Más que un planteo de unidad política de América Latina, el Alba resulta un instrumento de protección internacional de la política nacionalista venezolana. O sea una internacionalización de PDVSA de signo nacionalista, en oposición a la que intentó hacer la derecha venezolana cuando estalló el lock out de 2003.

Condenamos el ultimatum y el retiro unilateral, defendemos un debate con la participación de las bases de todas las organizaciones, e impulsamos la unidad en la acción

A partir de las crisis políticas y de las insurrecciones que han girado en torno a la nacionalización de hidrocarburos se plantea una campaña de conjunto para toda América Latina para reivindicar la nacionalización sin pago del petróleo y el gas, bajo gestión obrera, o sea que incluye a las empresas estatales, de gestión capitalista, que en la práctica son un mecanismo de exacción económica por parte de los fondos internacionales, en los casos de empresas de mercado, o por parte de las contratistas y los políticos ladrones, de un modo más general. Se trata obviamente de un planteo de transformación socialista y gobierno obrero y campesino, a partir de la crisis desatada por las nacionalizaciones. La campaña implica una delimitación política, por un lado con el nacionalismo burgués, pero por sobre todo con la izquierda que plantea "transformar a la revolución bolivariana en socialista", es decir la revolución permanente bajo la dirección de las fuerzas armadas de Venezuela.

En este marco, llamamos a organizar una gran Conferencia Latinoamericana por la Unidad Socialista de América Latina que establezca una delimitación con el nacionalismo de contenido burgués e impulse un programa de reorganización integral de nuestro continente sobre nuevas bases sociales y la conquista del poder político por parte de los trabajadores.

(*) La ponencia oral que volcamos por escrito reproduce y extracta las conclusiones contenidas en el documento "Indicaciones para un discusión de la situación mundial" presentado por el Comité Nacional del Partido Obrero para su XVI Congreso que tendrá lugar entre el 18 y 21 de agosto próximo.